



5. TIRAR EL HILITO DE ORO

Tengo hoy una historia preciosa que contarte: una vez, estaba haciendo un viaje agotador. Hacía muchísimo calor (o a mí me lo parecía, como nació en el Norte de Francia lo noto más...), ya no podíamos más de tragar polvo en una diligencia renqueante, así que mi compañera de viaje y yo agradecemos la parada mientras cambiaban los caballos y nos bajamos a tomar un rato de respiro. Estaba exhausta y me senté al borde del camino. De pronto alguien se sentó a mi lado: era una muchacha joven de aspecto angustiado a la que noté con deseo de contarme algo. Era una antigua alumna y me di cuenta de que tenía una historia muy triste. De pronto el cochero avisó: "¡Señores viajeros, al coche!". Imposible dejarla así, lo vi claro en seguida y se me olvidó el cansancio. Pedí a mi compañera que continuara el viaje y que avisara que nosotras llegaríamos cuando pudiéramos. Alquilé un cuarto para poder estar a solas con ella y allí nos quedamos hablando largamente y llorando juntas. Yo sabía que en el fondo de su corazón se escondía ese hilito de oro que, si lo seguimos, nos conduce a lo mejor de la persona y no fue difícil tirar de él... Cuando tomamos la siguiente diligencia, estábamos radiantes. Yo porque había tenido la suerte de sentir la alegría de Jesús al encontrar una oveja perdida, y ella porque quería empezar de nuevo y sabía que contaba con una madre que era a la vez su amiga...

Una de mis convicciones más profundas es que no existe una sola persona que no sea portadora de un tesoro en su alma: un momento de lucidez, un deseo de vida, un sueño de ser mejor, una llamada al agradecimiento... De ahí me viene la seguridad de que hay en ella una tendencia que la empuja a crecer. Cuando encuentro a alguien en un momento determinado de su proceso de crecimiento, tengo fe en que, con el tiempo y la ayuda adecuada, esa persona alcanzará su plena madurez.

Y la vida me ha ido enseñando que lo que alimenta ese crecimiento es siempre la aceptación y el cariño de los demás, nunca el rechazo ni las presiones impacientes para que mejore. Las personas, como las plantas, crecemos en la tierra de la aceptación, no en la atmósfera del rechazo. Cuando nos sentimos aceptadas y queridas, se liberan todas nuestras energías y deseos de crecimiento.

Estoy tan segura de eso, que entre las normas que di a las primeras educadoras, estaba la de que tuvieran un cuaderno para ir apuntando los progresos y cambios que observen en cada una de sus alumnas. Algunas se extrañaron de que no diera importancia a fijarse en sus defectos para corregirlos, pero a mí me parece que los que educan necesitan, sobre todo, aprender a "mirar con el corazón" para descubrir las cualidades y los valores de cada persona, más allá de sus defectos o apariencias.

También creo que el amor es exigente y que es bueno ofrecer confrontación y desafíos, pero no sirven de nada si la persona no se ha sentido antes querida y aceptada tal como es.

Por eso es absolutamente esencial aceptar siempre al otro en la fase en que se encuentre de su gran proceso de convertirse en un ser humano maduro. Todos necesitamos espacio y libertad para cometer nuestros propios errores. El ensayo y el error son los únicos caminos a través de los cuales aprendemos y crecemos. La vida es ante todo y fundamentalmente un proceso, y un proceso en zigzag.

Cuéntame lo que piensas sobre todo esto: cuáles son tus experiencias de sentirte querida y aceptada y si recuerdas algún momento en que alguien "tiró de tu hilito de oro..." ¡A mí me encantaría hacerlo contigo!

Te quiere,
SOFÍA